

decir, traducida a un idioma europeo como es el castellano, tiene que perder necesariamente no sólo elementos tan esenciales como el ritmo y la rima, sino también gran parte de su riqueza simbólica y toda su riqueza plástica: debido al carácter ideográfico de la escritura. El traductor del chino se ve, pues, obligado a utilizar constantes paráfrasis que van en detrimento de la concisión original. Las elipsis creadas mediante habilitadas combinaciones de imágenes en el original dan lugar, en su traslación a otro idioma, a premiosas operaciones sintácticas. Dentro de esas inevitables limitaciones, que la traducción-antología es la primera en reconocer, la versión de Marcela de Juan

nós parece muy notable, producto de un trabajo concienzudo y serio. La antología está convenientemente actualizada con diversas muestras de la poesía china de este siglo, desde la poesía en lengua hablada (3), revolución literaria posterior sólo en algunos años a la implantación de la República por el Kuomintang, en 1911, hasta los himnos de la Revolución Cultural (parte esta última más curiosa que interesante), pasando por la obra de Mao, representada en el libro por doce de los treinta y ocho poemas conocidos. El poeta Presidente sustituye el yo lírico de gran parte de la poesía tradicional por un nosotros épico de gran aliento revolucionario. Es la suya una poesía, clásica en su forma, cargada de resonancias históricas, de alu-

siones a hechos del pasado, a la vez que un canto entusiasmado a las realizaciones colectivas del presente: «... En el río del Oeste, un gran muro de piedra / cortará el paso a las tormentas del Wu Shan / y se tornará en apacible lago el hondísimo tajo. / La diosa queda a salvo, / mirando, sorprendida, esta transformación del mundo».

«Esta transformación del mundo», escribe Mao: Oriente y Occidente, por fin, se dan la mano. ■ JOAQUIN RABAGO.

Si Azaña levantara la cabeza

Si Azaña hubiera levantado la cabeza para poder asistir a la concesión del Premio Planeta 1973, hubiera comprobado ante todo que necesitaba esmoquin o traje oscuro para entrar en el hotel Ritz barcelonés. El editor Lara, un hombre que se ha hecho a sí mismo, siempre dentro de lo que cabe, conoce el valor del dinero, y al subvencionar con dos millones de pesetas el Planeta de este año ha querido que el vestuario de los asistentes estuviera a la altura de la dotación. Si a Azaña aún le hubieran quedado ganas de seguir con la cabeza alzada, comprobaría, probablemente con estupefacción, que la novela ganadora se llamaba escuetamente: «Azaña», y que le tenía a él como protagonista.

Más sorpresas se habría llevado nuestro patético personaje. El escritor de la novela era Carlos Rojas, novelista formado en el ambiente literario de la posguerra, a la sombra de escritores más victoriosos que literatos y nutrido de un detestable caldo cultural elaborado con ingredientes de racionalismo o de mercado negro. Carlos Rojas era la joven promesa de la

cultura establecida en la Barcelona de los años cincuenta. Recuerdo que en 1961 entrevisté, con pocos días de diferencia, a Luys Santamarina, Bartolomé Soler y Jurado Morales: los tres me señalaron a Rojas como la gran promesa de la literatura española. Después, Rojas se marchó a los Estados Unidos como profesor de Literatura Española y desapareció un tanto del «ranking» cultural barcelonés y español. Quedó al margen de la angustiosa agonía de la literatura autárquica y de la literatura social que nació como respuesta. Hace pocos años volvieron a aparecer libros de Rojas en las librerías, pero casi todos tenían temática histórica, centrada en la guerra civil, armado el autor con una encomiable distancia crítica y una evidente buena voluntad sentimental hacia los vencidos.

Rojas es ya un escritor abundante: «De barro y esperanza», «El asesinato de César», «Las llaves del infierno», «La ternura del hombre invisible», «Adolfo Hitler está en mi casa», «Auto de fe», «Aquelarre», «Luis III el Minotauro», «Rei de Roma» (novela corta en catalán), «Diálogos para otra España», «Diez figuras de la guerra civil», y en los Estados Unidos ha publicado «De Cela a Castillo Navarro» y «La España moderna, vista y sentida por los españoles». Según parece, «Azaña» es una novela entre la ficción y la Historia, en la que Azaña resucita y evoca su vida, su obra y su propia muerte, a veces en diálogo con sus contemporáneos. Rojas declaró después del Premio que la figura de Azaña le fascina, porque le fascina su encarnada contradicción entre finísimo intelectual y político «perdedor». Para reconstruir esa mistificada figura de nuestra Historia, Rojas ha mezclado erudición, memoria y tal vez desojo. El libro tiene, pues, interés

«a priori», y aunque los asistentes al Premio se pusieron el esmoquin en vano, Lara no ha gastado dos millones en vano.

Pero al margen de la madura juventud de Rojas, de los méritos posibles de su «Azaña», quisiera resaltar una serie de detalles que perfuman la noche del Ritz. Por una parte, un novelista de antes de la Estabilización, y por otra, una finalista, Mercedes Salisachs, de antes de la guerra de Corea. Lástima que a nadie se le ocurriera una tenue música de fondo con la orquesta de Raúl Abril y los compases de «Sombra de Rebeca» o el «Rascayú». Lara es un negociante de primera, y, en cierta manera, el Lord Thompson de nuestra literatura. Va al copo de premios literarios, y se sospecha que los Jurados le son casi tan fieles como las novias de antes de la guerra de Corea o como esa esposa de la novela de la Salisachs, «Adagio confidencial», que en el otoño de su vida se permite la «escapada» de pasear por la ciudad con un viejo amor, naturalmente platónico. Lara controla el Planeta, el Ateneo de Sevilla y el Águilas. Le bastaría hacerse con el Premio Biblioteca Breve, el Juan Petit y el Nadal para poder imponer su gusto literario a todo el mercado de lectores. A la espera de la definitiva «lucatenización» del público hispano y mientras las editoriales «progres» se empeñan en guerras intestinas para descubrir un Kafka semanal, un Musil quincenal y un Robbe Grillet semestral, el retorno de escritores supuestamente «camp» puede tener el aliciente de recuperar parte de nuestra pequeña Edad Media de los años cuarenta y cincuenta.

«Recuérdame, que recordar es volver a vivir».

decía una canción de Los Vieneses en aquellos años en que Azaña

no tenía otra imagen pública divulgada que la que le había compuesto El Caballero Audaz: «... el Presidente tenía una mano fofa, húmeda, hermafrodítica». Los que recibíamos «otro Azaña» por la tradición oral aprendimos entonces a vivir en una realidad dual, que para siempre ha condicionado esa radical incomodidad con la que amanece todos los días.

Si Azaña levantara la cabeza, no estaría en condiciones de entender nuestro sentimiento, ni que Lara le haya convertido en mercancía. Aunque tal vez le agradezca a Carlos Rojas que le devuelva piel humana y esqueleto de compatriota. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Premios literarios Octubre

El año pasado se organizaba en Valencia el primer concurso de teatro en valenciano, encontrando un apoyo, tanto la iniciativa como su desarrollo, en las comisiones falleras, siempre dedicadas a otras actividades en absoluto culturales. La segunda edición de dicho festival está teniendo lugar estos meses, entrando ya en el camino de los actos culturales de un pueblo que lo espera y apoya anualmente, porque lo considera válido para expresarse y porque en él descubre reflejada su mentalidad, su forma de pensar, su lengua.

Pero no sólo en los concursos y festivales se encuentran pilares para asegurar, o empezar a construir en algunos casos, el edificio cultural de una colectividad, sino que también los premios literarios resultan pieza indispensable. Es una forma más de atraer a un público a menudo ausente y de alimentar a aquel que dice tener hambre. Por primera vez este

mes han sido convocados los Premios Literarios Octubre, recordando aquel 9 de octubre en que Jaime I el Conquistador hacia su entrada en Valencia, quedando liberada del dominio musulmán y entrando en el ámbito político y administrativo de la Corona de Aragón, así como en el cultural de la lengua catalana. Para final de dicho mes está programado el acto de adjudicación de dichos premios en el salón de un destacado hotel, con «refrigerio» y diversión cultural incluidos.

Estos premios literarios han sido convocados por la Librería Tres i Quatre, con el fin de promocionar el ensayo, narrativa y poesía escritos en lengua catalana. Menos el de narrativa (reservado exclusivamente al área del País Valenciano), los restantes premios están abiertos a todos los escritores de los Países Catalanes.

El premio de ensayo, que lleva el nombre de Joan Fuster, con un importe de 75.000 pesetas, tiene como jurado a personas significativas de la cultura valenciana en muy diversos campos: economía, arte, historia, derecho. Sus miembros son: Ferrán Vicente Arche, Francesc Vallverdú, Marià Peset, Trinitat Simó y Ernest Lluc.

El premio Andròmina, con sus 50.000 pesetas, está dedicado a promocionar una futura novela valenciana, con escritores del país, en la que quede reflejada nuestra realidad. Datos a tener en cuenta son el nivel cultural de los autores presentados (licenciados universitarios), así como su edad (en torno a los treinta años). Ello permite hablar de una joven, pero aún por conocer novela. El jurado está compuesto por el poeta y periodista Vicent Andrés Estellés, Ramón Pelejero (nombre del cantante Raimon), María Aurèlia Campmany, Josep Iborra y Francesc Mira.

ALIANZA EDITORIAL

El libro de bolsillo

ULTIMOS TITULOS

*462

Narrativa peruana 1950-1970
Prólogo y selección de Abelardo Oquendo

*464

Edgar Allan Poe Ensayos y críticas
Traducción e introducción de Julio Cortázar
(Del mismo autor la obra narrativa completa números ***277, ***278, 384 y *464)

466

Adolfo Bioy Casares Diario de la guerra del cerdo
Del mismo autor número 393
La invención de Morel

468

William Golding El dios escorpión.
Tres novelas cortas
Del mismo autor número *381
El señor de las moscas

470

Samuel Beckett Malone muere
Segundo volumen de la trilogía
1.º "Molloy" N.º 266 y 3.º "El innombrable" N.º 347

**472

Poesía China: del siglo XXII A. C. a las canciones de la Revolución Cultural
Selección, traducción y prólogo de Marcela de Juan

ARTE • LETRAS • ESPE

El mayor número de participantes se lo ha llevado el premio de poesía, Vicent Andrés Estellés, a pesar de ser el menos dotado monetariamente. Los responsables del premio serán Josep Maria Castellet, Jaume Vidal Alcover, Francesc Brines, Emili Rodríguez, Bernabéu y María Beneyto.

El ambiente cultural español tiene una serie de premios literarios, que a menudo más sorprenden por sus fabulosas cantidades de dinero que por la calidad de las obras seleccionadas. Estos premios son objeto del habitual regalo de Reyes, porque premio supone publicidad, y publicidad arrastra consumo. Por otro lado, premio hace pensar en calidad, aunque ésta equivalencia es más relativa que absoluta.

«Premios Literarios Octubre» entran en este mecanismo, pero con una finalidad distinta: dar solidez y popularidad a la cultura de una colectividad que hasta el momento lee y discute las obras de autores alejados de su realidad histórica y cultural, porque no se le ofrecen valores propios para consumir.

JAIME MILLAS



TEATRO

Dos manifestaciones del teatro venezolano

Durante mucho tiempo, el intento de crear una dramaturgia venezolana se ha visto frenado por eso que aquí llaman el colonialismo cultural. Cierta que nunca faltaron dramaturgos —y el nombre de César Regifo podría ser el ejemplo— esfor-

zados en levantar una problemática específicamente venezolana y popular. Pero lo normal fue lo otro: trabajar para una élite cultural y económica, cuya verdadera patria está en una imaginaria ciudad sumergida, equidistante de Caracas y París. Para esa élite, en fin, cuya radical lejanía económica y vivencial de las pobladas clases populares constituye el principal problema político del país.

Desde hace un tiempo relativamente corto ha sido ese sector de la sociedad caraqueña el que ha podido impulsar el nacimiento de un teatro profesional, cuya expresión más acabada es el llamado Nuevo Grupo, con Isaac Chocrón (el autor de aquel «O. K.» que vimos en el Arniches, de Madrid), Román Chalbaud y José Ignacio Cabrujas (también excelente actor), como dramaturgos y hombres fundamentales.

Los tres han sido autores de cierta significación crítica. De Cabrujas, por ejemplo, es una excelente y latino-americanizada versión de «Un hombre es un hombre», de Brecht, que ha montado, con enorme éxito, Armando Gotta, un joven catalán que se vino a Venezuela hace diez años. Pero a Chocrón pertenece «Alfabeto para analfabetos», que ha permanecido varios meses en el local del Nuevo Grupo y es un peligroso gesto de ingenio y sofisticación banal.

Es en este marco —que profundizaremos en un próximo trabajo— donde se han organizado las dos muestras teatrales destinadas a influir seriamente en el futuro escénico del país. Una, en la Universidad Central; la otra, en el Ateneo de Caracas.

La primera ha mostrado no ya la situación del teatro universitario venezolano, sino el punto en que se encuentra un apasionado debate político, iniciado hace ya algunos años. Las connotaciones de ese debate son sabidas: gue-

rrillas, represión violentísima, ley de amnistía (de pacificación, se llama), escisión del campo socialista en varios frentes irreconciliables, toma de las Universidades por el estudiantado, entrada de la Policía en las Universidades, etcétera, etcétera...

Lógicamente, este proceso de radicalización, real algunas veces, puramente retórico y gestual otras, ha tenido en el teatro uno de sus campos de batalla. ¿Cómo poner el teatro al nivel de ese debate? ¿Qué teatro concebir paralelo a las solemnes afirmaciones abstractas sobre la revolución en América Latina? Durante varios años, según me cuentan, un grupo de ultraizquierdistas ha impedido prácticamente que las salas de la Universidad cumplieran su lógico destino. Si se parte de la base de que el teatro ha de ser la revolución, no importa que este espectáculo puede calificarse de reaccionario e inútil. Incluso —y eso es lo que ha revelado abrumadoramente la confrontación que acaban de celebrar— cuando presentan sus espectáculos los grupos animados del mayor fervor revolucionario. A menudo, en tales casos, asistimos a espectáculos que no sólo son ingenuos, idealistas, sino que están alimentados por una profunda necesidad de justificación, de automagnificación política. El resultado último es un panfleto hecho de lugares comunes, que si podría ser operatorio en otros

medios, no lo es en la Universidad, donde la inmensa mayoría está de acuerdo, y lo que necesita es profundizar en sus ideas y no oír esquemáticas trivializaciones complacientes.

A lo largo de los quince días de confrontación teatral universitaria, el camino andado ha sido, en todo caso, preciso. A la violencia verbal de los primeros días ha sucedido una creciente madurez, impulsada por el valor concreto de los espectáculos presentados por los grupos del país. La práctica, en fin, redimensionaba y corregía la teoría mesiánica, dando la medida real de cada grupo e imponiendo la necesidad de un programa para el futuro del teatro universitario del país. Futuro que habrá de afectar seriamente a la marcha general del teatro venezolano, toda vez que a la Universidad le corresponden una serie de compromisos culturales y sociopolíticos que difícilmente abordarán los nacientes teatros comerciales. Durante dos semanas largas, en las salas de la Universidad Central —la llamada Aula Magna es un teatro colosal, para más de tres mil espectadores— se han presentado tres espectáculos diarios. El tiempo libre lo ocupaban los foros, seminarios y conferencias. La calidad media de los espectáculos era baja; el apasionamiento, alto. Pero, en su conjunto, la confrontación arrojaba un balance de envidiable vitalidad, de afán por hacer del tea-

«Un hombre es un hombre», dirección de Armando Gotta.

